

Todos estamos celebrando y viviendo la convocación del Año Paulino por el Papa Benedicto XVI, con ocasión del bimilenario del nacimiento del Apóstol San Pablo, que los historiadores sitúan entre los años 7 y 10 después de Cristo. Un año jubilar en el que, el mismo Papa, nos ha marcado unos objetivos que son redescubrir la figura y la actividad de San Pablo; volver sobre sus cartas como un auténtico tesoro para la teología y espiritualidad cristiana; acoger sus ricas enseñanzas, renovar nuestra fe y nuestro compromiso apostólico y evangelizador; y rezar por la unidad de todos los cristianos.

El mismo Papa Benedicto XVI nos indicaba también el modo de este itinerario, "no para reflexionar sobre una historia pasada. Pablo quiere hablar con nosotros, hoy. Por esto he querido convocar este especial "Año Paulino": para escucharlo y tomar ahora de él, como nuestro maestro, en la fe y en la verdad, las razones de la unidad entre los discípulos de Cristo... nos preguntamos y no sólo ¿quién era Pablo?. Nos preguntamos sobre todo: ¿Quién es Pablo?, ¿Qué me dice?".

El Movimiento de Cursillos de Cristiandad tiene como celestial Patrono, nombrado por el Papa Pablo VI, al Apóstol San Pablo. Vamos a acercarnos a su persona y a su doctrina para aprender de su vida y de sus enseñanzas unas lecciones para nuestra vida.

PABLO, SU PERTENENCIA A CRISTO.

Lo importante de la persona de San Pablo es su conciencia de elección y pertenencia a Cristo. Tal es así que escribirá "ya no vivo yo, vive en mi Cristo; y mi vivir humano de ahora es un vivir en la fe del Hijo de Dios que me amó se entregó por mí" (Galatas 2, 20). El enamoramiento de Pablo parte del conocimiento de que Cristo "me amó y se entregó por mí", hasta poder afirmar con plena conciencia "mi vida es Cristo" y "lejos de mí otra cosa que no sea Cristo y este crucificado" (1 Cor. 2, 2). Su pertenencia a Cristo le cambió la vida y se la colmó de plenitud, por lo que dirá "cualquier cosa la tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido a Cristo Jesus" (Filipenses 3, 7-8).

Nos puede parecer exagerado pero solo los "exagerados" en el amor, la entrega, la lealtad, se constituyen en una luz para el mundo y en una opción de vida para muchos. Todo lo que es, vive y hace Pablo, parte de este centro y esta experiencia del ser amado por Jesucristo de manera totalmente personal. Su vida de fe no es una teoría, una opinión sobre Dios, es el impacto del amor de Dios sobre su corazón, es amor por Jesucristo. Cristo se convirtió en su razón de ser y en el motivo profundo de todo su hacer.

Cursillos de Cristiandad es un movimiento esencialmente "cristocéntrico": centrando nuestra vida en Cristo. Nuestro Cursillo de Cristiandad ha sido para cada uno de nosotros un encuentro vivo, personal y gozoso también con Cristo. Cada una de nuestras



**EL APOSTOL
Y
CURSILLOS DE
Enseñanza p**



SAN PABLO Y CRISTIANDAD: para una vida.

clausuras de Cursillos es una explosión jubilosa de reconocer y testificar que “hemos encontrado al Señor”.

Este Año Paulino sea una gracia nueva que reavive nuestra vida centrada en Cristo y nuestro amor ardiente a Jesucristo. “Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (I Cor 11, 1) es un buen ejemplo a imitar y un excelente testimonio a transmitir en esta hora histórica que vivimos, en la que el mundo necesita “más testigos que maestros” para dar razón de nuestra esperanza que es Cristo.

Sigamos caminando en el conocimiento y seguimiento de Cristo en nuestra vida.

PABLO, ESCOGIDO PARA EVANGELIZAR.

Pablo se constituyó en luz, en luz de Cristo para muchos. Habló con pasión de Aquel que amaba y al que le había dado su vida. Tiene viva conciencia de que ha sido “escogido por Dios mismo para el Evangelio”, es decir para el anuncio del Evangelio. El secreto de su ímpetu evangelizador y de su fuego misionero es muy sencillo: su amor ardiente a Jesucristo. De su identificación y comunión permanente con Jesucristo, nace su irrenunciable compromiso misionero y evangelizador, siente la urgencia de evangelizar, “a tiempo y a destiempo” (II Tim, 4, 2), hasta poder exclamar “ay de mí si no evangelizare” (I Cor. 9, 16). Su ser es vivir su elección y llamada a evangelizar.

La insistencia de San Pablo en la importancia del valor de la evangelización nace de una conciencia profunda y fundamental: la predicación del evangelio está en la base de todo, es el cimiento del edificio de la vida cristiana de cada uno y de la vida de toda la Iglesia (I Cor. 3, 10). Esta convicción la expresa muy significativamente en Romanos 10, 13-17, en esa concatenación de los verbos: al “ser enviado” sucede el “predicar”; al predicar sucede el “oír”; al oír sucede el “creer”; al creer sucede el “invocar”; y al invocar sucede el “ser salvados”. En consecuencia, todo arranca de la predicación. Es a esta misión a la que Pablo se sabe llamado sobre todo. Será preciso que alguien “riegue”, abone y cuide la planta de la fe y de la vida nueva en Cristo, pero todo ello sería inútil si no fuera porque alguien antes “ha plantado” mediante la predicación la semilla de la fe y la raíz de la vida nueva (I Cor. 3, 6).

Y el contenido de la predicación del Apóstol Pablo no es otro que la persona de Cristo, “yo, hermanos, cuando fui a vosotros... a anunciaros el misterio de Dios, no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo...(I Cor. 2, 1-2), “escándalo para los judíos y necedad para los griegos, pero para nosotros fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (I Cor. 1, 18), pues “nosotros predicamos a un Cristo crucificado... y no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado” (I Cor. 2, 2). Y así Pablo no sólo trasmite las palabras de Cristo, sino que afirma que es Cristo mismo quien habla en él (II Cor. 13, 3). Hay

